

UNIVERSALIDAD DEL GENIO DE PASCAL *

CARLOS HOLGUIN

El 19 de agosto de 1662 murió en París Blas Pascal. La Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional se asocia a la conmemoración del tercer centenario de la desaparición del autor de *Los pensamientos*, y su ilustre Decano ha querido conferirme el honroso e inmerecido encargo de presentar su figura ante vosotros.

He aceptado hacerlo, por la admiración que desde hace largos años profeso a este genial pensador, en la confianza de que vuestra benevolencia sabrá excusar mi falta de autoridad en el campo científico y mis deficiencias en materias filosóficas y religiosas.

Otros han dicho y dirán lo que significa el aporte de Pascal a las matemáticas y a la física, a las disciplinas filosóficas y a las cuestiones teológicas. Por mi parte, deseo subrayar la universalidad de su genio, y la maravillosa adaptabilidad de su espíritu a las más variadas formas del pensamiento, en todos los grados del saber. Pascal es por ello un caso excepcional en el mundo de la cultura, que permite presentarlo como prototipo y ejemplo de lo que debe ser el universitario.

Porque fue Pascal, niño prodigio, matemático y físico notable, precursor en múltiples aspectos de la ciencia y de la técnica contemporáneas, estilista incomparable, polemista ardoroso y pensador filosófico y religioso de insondable profundidad. Fue hombre dotado de eminentes virtudes, animado de profunda caridad y amor a sus semejantes, de fe ardiente, costumbres austeras y vida simple y modesta. Tuvo experiencia de contemplación mística y fue un cristiano ejemplar.

Chateaubriand dijo de él en su obra *El Genio del Cristianismo*:

“Hubo un hombre que a los doce años, con “barras” y “redondeles”, había creado las matemáticas; que a los diez y seis años había hecho el más sabio tratado sobre los conos que se hubiera conocido desde la antigüedad; que a los diez y nueve años redujo a máquina una ciencia que existe enteramente en el entendimiento; que a los veintitrés años demostró los fenómenos del peso del aire y destruyó unos de los grandes errores de la física antigua; que a la edad en que otros hombres comienzan apenas a nacer, después de terminar de recorrer el círculo de las ciencias humanas, se dió cuenta de su vacuidad y volvió sus pensamientos a la religión; que desde ese momento hasta su muerte, ocurrida a los treinta y nueve

* Conferencia leída en el aula máxima de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia.

años, siempre enfermo y sufriendo, fijó la lengua que hablaron Rousseau y Racine; dio el modelo de la más perfecta gracia y del razonamiento más riguroso; en fin, que en los cortos intervalos de sus dolores, resolvió por abstracción uno de los más altos problemas de la geometría y dejó sobre el papel pensamientos que tienen tanto de divino como de humano. Este genio aterrador se llamaba Blas Pascal”.

Prodigiosa síntesis, cada una de cuyas frases podría servir de epígrafe a una obra sobre el personaje.

La precocidad inverosímil de Pascal puede citarse al lado de la de Mozart, como ejemplo de aquellos portentos infantiles que escapan a toda comprensión.

A los once años le había llamado poderosamente la atención el sonido que producía un plato de porcelana al ser golpeado con un cuchillo y después de hacer numerosos experimentos, escribió un tratado sobre los sonidos, verdadera obra de acústica, que fue aceptada como muy bien concebida.

Su padre se había negado a enseñarle matemáticas mientras no aprendiera el latín y aun le había prohibido pensar en ellas. A los doce años, encerrado en su cuarto de juegos, se dedicó a trazar con carbón figuras que llamaba “barras” y “redondeles”, pues ignoraba los términos mismos de línea y círculo. Buscando las relaciones entre ellas reconstruyó por sí solo las primeras treinta y dos proposiciones de Euclides, incluyendo una demostración directa, sencilla y objetiva del teorema según el cual la suma de los ángulos de cualquier triángulo es igual a dos rectos.

A los diez y seis años, ya instruido por las obras que su padre le había dado y que leía en las horas de recreación, redactó su famoso tratado sobre los conos y las secciones cónicas. Descubrió un célebre teorema sobre el hexágono inscrito en una sección cónica, al que llamó “hexagrama místico”. Muchas de sus obras matemáticas se perdieron, y sólo se conservan los manuscritos que habían sido enviados a Léibniz. Sin embargo, son tan fundamentales sus investigaciones en estas materias, que se le ha considerado como el precursor de la geometría pura. Louis de Broglie afirma que Pascal abrió el camino a la que luego se llamaría geometría proyectiva.

El mismo de Broglie ha señalado a Pascal como precursor de la ciencia contemporánea en muchos de sus aspectos. Contribuyó de manera decisiva a fundar la teoría de las probabilidades y de los grandes números. Uno de sus amigos, el caballero de Méré, que era un hombre mundano, le había señalado las características de los juegos de suerte. Pascal decidió entonces estudiar las leyes matemáticas del azar. Analizó, así, la regla que denominó de los partidos y que expuso en sus cartas al insigne matemático Fermat.

En estrecha relación con la teoría de la regla de los partidos, Pascal concibió el “triángulo aritmético” y otros tratados conexos, que permiten calcular los órdenes numéricos, el cálculo de las combinaciones y hacer diversas aplicaciones de la teoría de las probabilidades. Dio una fórmula que conduce al binomio de Newton y se sostiene que en tales obras se encuentra la base misma del cálculo integral.

Estos trabajos señalan, según algunos, una fecha decisiva en el desarrollo del pensamiento humano, pues es bien sabido que en la física moderna, lo mismo que en las ciencias sociales, las leyes se conciben hoy día sobre la base de un principio de indeterminación, regido más por leyes estadísticas y por el cálculo de probabilidades que por el determinismo mecánico que predominó en el siglo pasado. Además, gran parte de la economía y del mundo de los negocios, giran sobre la ley de los grandes números y de las probabilidades. En ellos se fundan los seguros, las loterías, las investigaciones sobre mercados, crecimiento de población y de otras actividades, las reservas contables y los cálculos actuariales de toda la seguridad social y comercial contra los riesgos de enfermedades, muerte, accidentes fortuitos, etc.

Pocos años antes de su muerte, estando atormentado por dolores intensísimos, quiso distraer su espíritu y se concentró en la noche hasta resolver por pura abstracción uno de los mayores problemas geométricos que habían preocupado a sus contemporáneos. Descubrió así las leyes que regulan la curva de la ruleta o rodaja, llamada también cicloide, que es la que describe el punto de una rueda en movimiento sobre una recta. Creó asimismo teorías originales sobre otras curvas y en particular sobre la parábola y la espiral. Un amigo le aconsejó que abriera un concurso para establecer si alguien podía resolver los problemas de la cicloide. Así lo hizo. Instituyó un jurado, depositó el premio y se dirigió bajo seudónimo a los más notables geómetras, planteando los problemas del caso, cuya acertada respuesta haría ganar el premio. Ninguno resolvió las cuestiones propuestas. El jurado declaró desierto el concurso. Pascal dió entonces la solución y con el dinero que había destinado al premio publicó su obra, de la cual envió ejemplares a los concursantes. En los tratados sobre la cicloide y otros conexos, se han encontrado las bases mismas del cálculo infinitesimal, que Newton y Léibniz establecerían por caminos diferentes.

En otro campo, el de las matemáticas aplicadas, aparece también Pascal como el antecesor del invento de las modernas calculadoras y de los cerebros electrónicos. En efecto, para ayudar a su padre, que debía liquidar impuestos, concibió e hizo fabricar la primera máquina aritmética o calculadora. Hizo cerca de cincuenta modelos, hasta llegar a uno definitivo, que se denominó la "Pascalina", y que él envió a la reina Cristina de Suecia. Pascal previó sus inmensas consecuencias prácticas y patentó el invento, explicando las dificultades de encontrar operarios que pudieran ejecutar la máquina. Pero su alto costo no permitió mayor uso. Se conservan actualmente siete de sus máquinas aritméticas y entre ellas una que tiene en su interior la garantía, firmada por el mismo Pascal. Los principios en que se fundaba su máquina son en realidad los mismos que, más desarrollados, se han aplicado en las modernas calculadoras.

En cuestiones físicas Pascal realizó algunas de las más importantes experiencias de su época y destruyó, como dice Chateaubriand, uno de los mayores errores de la física antigua. Este error consistía en creer que la naturaleza tenía horror al vacío y que éste no podía hacerse. Torricelli había realizado su famoso experimento de que una bomba aspirante no puede elevar el agua a más de diez metros, que es el fundamento del barómetro. Pascal efectuó una serie de observaciones que confirmaban la

de Torricelli y que demostraron que el equilibrio de los líquidos se funda en el peso del aire. Al efecto, había dado precisas instrucciones a su cuñado Perier, para que realizara la cuidadosa experimentación que aquél hizo en la colina de Puy de Dôme y que Pascal repitió luego en la torre Saint Jacques. Se trataba de observar las variaciones de la columna de mercurio a diferentes alturas, haciendo anotaciones sobre las modificaciones de temperatura, hora, etc., y comparando los distintos barómetros. Generalizó con ello la regla fundamental de que la presión atmosférica es la que sostiene la columna de mercurio y que ésta varía con las diferentes alturas. En esta forma se puede deducir la presión atmosférica por la elevación de un lugar o, a la inversa, establecer la altura de un sitio sobre el nivel del mar por el barómetro, experiencia que como se sabe utilizó Caldas entre nosotros. Se demostró así que el llamado horror al vacío era solo producto del desconocimiento de los efectos de la presión atmosférica.

Al realizar tan fundamentales experimentos Pascal dió una serie de reglas que lo convierten en uno de los fundadores de la ciencia experimental. Sostenía que en estas materias lo fundamental es la sumisión a los hechos, porque ninguna concepción del espíritu puede contradecirlos. Cualquier teoría que resulte contraria a un solo hecho es por ello falsa. Aplicó el método de las variaciones y de las diferencias, para comprobar cómo los cambios que se produzcan en las supuestas causas de un fenómeno, deben producir las correspondientes modificaciones en los efectos. La experimentación debe ser minuciosa y completa, los cálculos deben rehacerse una y otra vez. Como él mismo lo relata en su tratado sobre el vacío, el equilibrio de los líquidos y el peso del aire, hizo pruebas en tubos, jeringas, probetas y sifones de distintos tamaños, usando diversos líquidos, como el mercurio, el agua, el vino, el aceite.

El espíritu práctico de Pascal no solamente se demostró en su invención de la máquina aritmética, sino en otros aspectos de sus actividades. Se le ha señalado como un precursor del invento del reloj de pulsera, pues cuando trabajaba se ataba el reloj a la mano para poder consultarlo con facilidad. Concibió asimismo el transporte colectivo en París, mediante el uso de carrozas públicas, cuyo uso se organizó poco antes de su muerte y del cual tenía derecho a derivar lo que podría llamarse una regalía, que en su testamento legó al Hospital General de la ciudad.

Desde muy joven empezó a preocuparse por las cuestiones religiosas. Cuando algunos jóvenes visitaron a su padre, que había sufrido un accidente, éstos lo pusieron en contacto con las obras de Saint-Cyran, y otros jansenistas, que dieron lugar a la que se ha llamado su "primera conversión". Empezó a gustar de Dios, y desde entonces influyó decisivamente en el ambiente religioso de su familia. Su padre se interesó en la religión y su hermana Jacqueline ingresó como religiosa al monasterio de Port-Royal. En 1647 hizo una serie de gestiones para que el Arzobispo de Rouen condenara doce proposiciones que juzgaba contrarias a la fe y obtuvo la retractación de sus autores.

Como consecuencia de la influencia de personajes jansenistas a quienes debió Pascal su interés en las cuestiones religiosas, entró en contacto con el grupo jansenista de la Abadía de Port-Royal de los Campos, y tuvo estrechas relaciones con su ambiente. Hizo algunas estadías en ella.

Cuando vino la condenación de la tesis jansenistas y la polémica entre éstos y los jesuitas, Pascal ingresó a la polémica. Bajo seudónimo y en forma secreta publicó sus famosas cartas a un Provincial, conocidas con el nombre *Provinciales*, que despertaron enorme sensación e interés. En ellas se trata el arduo problema de las relaciones entre la gracia y la libertad y se critican las tesis de algunos autores jesuitas en cuestiones de moral.

Es bien sabido que la doctrina católica enseña que todos los hombres tienen la gracia suficiente para salvarse, pues Cristo murió por todos y no sólo por algunos elegidos. Al propio tiempo sostiene que el hombre debe cooperar libremente con la gracia, para que ésta actúe en él. En esta materia han existido las tesis extremas, contrarias entre sí y claramente heréticas, del Pelagianismo, que niega la existencia de la gracia, y del Protestantismo luterano y calvinista, que afirma que el pecado original destruyó la naturaleza y que el hombre es incapaz por sí mismo de ejecutar ningún acto meritorio, debiéndose la salvación a la sola predestinación.

Las diferentes escuelas católicas, respetando las dos verdades fundamentales de la necesidad de la gracia y de la libertad, difieren, sin embargo, en la explicación de cómo operan estas dos condiciones, aparentemente contradictorias. Los dominicanos, por una parte, y los molinistas y jesuitas, por la otra, defendían teorías distintas y las explicaban recurriendo a las nociones de gracia suficiente y eficaz y del poder remoto o próximo del hombre para cumplir los mandamientos.

La Iglesia había condenado cinco proposiciones de Jansenio, muy próximas a la doctrina calvinista. Los calvinistas aceptaron la condenación de las tesis contenidas en tales proposiciones, pero negaron, como "cuestión de hecho" que ellas se encontraran en la obra de Jansenio.

Las primeras *Provinciales* se refieren al problema de saber si Jansenio había expuesto las tesis condenadas, y sobre la gracia eficaz comentan en forma sutil y jocosa las posiciones respectivas de dominicanos, jesuitas y jansenistas para hacer ver que los que aparentemente estaban de acuerdo, sólo coincidían en las palabras pero no en el fondo de las ideas. Este tema teológico vuelve a aparecer en las últimas provinciales, tratado ya de manera mucho más profunda. En ellas Pascal presenta sus ideas en forma muy precisa y equilibrada, y rechaza enfáticamente las doctrinas calvinistas.

El otro grupo de las *Provinciales* se refiere más al campo moral que al teológico. Pascal ataca las aplicaciones que en cuestiones de moral se hacen en algunas obras de los jesuitas, pues estima que con ellas se relajan los principios éticos, a base de distinciones sutiles y de la doctrina del probabilismo, según la cual basta para la licitud de un acto que su moralidad sea posible o probable.

No me corresponde juzgar las *Provinciales*. Ello, como respecto de toda la obra de Pascal, requeriría libros enteros. Se ha dicho que Pascal exageró en ellas y que aún llegó a calumniar a los jesuitas al presentar las tesis de los casuistas en forma excesiva, contribuyendo a que se formaran prejuicios contra la Compañía. Algunos anotan que su crítica,

seguramente desproporcionada pero de buena fe, se explica por el punto de vista adoptado por él. Buscaba con pasión la realización de la vida cristiana y estaba influido por el espíritu rigorista de los jansenistas. No podía tolerar que se expusiera una moral de acomodamiento o amplitud, que tenía por finalidad señalar los límites jurídicos de ciertas leyes religiosas, pero que él interpretaba como errado criterio de perfeccionamiento moral.

Además de las *Provinciales* escribió otras obras sobre la gracia y sobre la moral de los casuistas.

Siempre he pensado en la tremenda influencia ejercida en forma subterránea y en parte inconsciente por el protestantismo y en especial por el calvinismo en Francia. En este país, oficialmente católico desde la terminación de las guerras de religión, el pensamiento calvinista y hugonote invade las mentes de los mismos pensadores católicos. El jansenismo tiene indudable sabor calvinista y sus proposiciones son condenadas. Pascal fue asiduo visitante del monasterio de Port-Royal y amigo de los jansenistas. Fueron jansenistas los autores de su primera conversión. Y buscó en ellos, como dice Jacques Chevalier, el perfeccionamiento interior, la renovación del ser. Pero en el fondo Pascal no era jansenista. Blondel, citado por Chevalier, afirma que Pascal escapa de Port-Royal por su antijansenismo profundo, personal y radical. Pascal sobrepasa a ese movimiento y no conserva otra atadura que su sumisión a la Iglesia. En las últimas *Provinciales* afirma expresamente que no es de Port-Royal.

Como lo relata el Padre Beurrier, quien lo asistió sus últimos meses, Pascal se dolía de las disputas entre los católicos, que disminuían la caridad, y le dijo que hacía dos años se había retirado de toda polémica, ya que las grandes cuestiones de la gracia y la predestinación eran de tan gran dificultad que juzgaba peligroso y perjudicial decir demasiado o no decir lo suficiente, por lo cual se había confiado en el criterio y los sentimientos de la Iglesia.

Pero el espíritu calvinista no solamente actuó en el campo religioso dentro del jansenismo. Muchas corrientes filosóficas o políticas están basadas en principios protestantes trasladados a otros campos del pensamiento. El espíritu del capitalismo se ha vinculado al calvinismo individualista. El liberalismo del siglo XIX tenía algunas bases protestantes. Es impresionante la analogía que existe entre el método de interpretación de la ley de la escuela de la exégesis con el criterio protestante de interpretación de los libros sagrados.

En el aspecto filosófico, el idealismo y el dualismo cartesiano tienen reminiscencias protestantes y aún albigenses o maniqueas.

Pascal, aparentemente más influido en el terreno específicamente religioso por los jansenistas, es probablemente menos protestante en el fondo que Descartes y que otros pensadores católicos contemporáneos suyos y menos sospechoso de heterodoxia para el concepto común. Pascal no es un dualista en el sentido filosófico del vocablo. En su concepción del mundo no hay la división mecánica de la extensión y el pensamiento, de

la materia y el espíritu, del cuerpo y el alma, como realidades primarias y separadas. Su pensamiento es más complejo. En él no aparecen ni el monismo idealista o materialista, ni el dualismo cartesiano. Podríamos hablar mejor de un pluralismo de principios diversos, que se distinguen y armonizan en un universo coherente, en el cual las últimas verdades de la religión iluminan y explican las aparentes contradicciones de un mundo que sin ellas sería incomprensible y absurdo.

Escribió Pascal un precioso resumen de la vida de Cristo y empezó a preparar su gran obra apologetica sobre la verdad de la Religión Cristiana, que nunca terminó y cuyos apuntes y notas se publicaron después de su muerte, bajo el título de *Pensamientos*.

Las *Provinciales* y los *Pensamientos* están escritos en forma insuperable. Llenos de sentencias lapidarias, de inmensa profundidad y de contrastes vigorosos. Se ha considerado a Pascal como uno de los fundadores de la lengua francesa y el creador de la prosa contemporánea de su país. La densidad y sutileza de sus conceptos están expresadas en una forma que se adapta a la perfecta comunicación de las ideas y que manifiesta la totalidad de sus matices. Sin retórica, ni vanidad, Pascal busca la verdad escueta. Define la elocuencia como el arte de decir las cosas en forma que las gentes las comprendan con gusto y se interesen en ellas. Dice que la verdadera elocuencia se burla de la elocuencia, y que la verdadera moral se burla de la moral. Burlarse de la filosofía, agrega, es realmente hacer filosofía. Odia igualmente al bufón y al ampuloso. Expresa que cuando encontramos un estilo natural, quedamos maravillados, pues creíamos encontrar un autor y encontramos un hombre. Comenta que muchos imaginan a Platón y a Aristóteles envueltos en grandes capas de pedantes, cuando en realidad eran gentes honestas, que reían con sus amigos y que cuando se divertieron haciendo sus *Leyes* y sus *Políticas*, lo hicieron jugando. Esa era la parte menos seria y la filosófica de sus vidas. La más filosófica era vivir simple y útilmente. Todo ello podría aplicarse al mismo Pascal.

Pascal fue gran matemático, científico notable, insigne pensador, polemista religioso. Pero lo que más seduce en su genio universal no es tanto la diversidad de materias de que se ocupó, con igual originalidad y profundidad, cuanto la prodigiosa flexibilidad de su espíritu, la adaptación de las formas de su pensamiento a cada aspecto peculiar de la realidad, que estudiaba con métodos diversos y adecuados a los objetos correspondientes.

Al hombre no le basta un sólo sistema para aproximarse a los distintos seres. No es idéntica su actitud frente al mundo inanimado, a la naturaleza viva, al propio yo, al mundo del espíritu, al alma, a Dios. El ser tiene diferentes grados y a ellos corresponden modos de conocimiento distintos. Cada sector de la realidad ofrece modalidades peculiares que deben abordarse con el método apropiado. Se habla de ontologías especiales para cada región del sér. Los objetos específicos de las distintas ciencias no vienen a ser otra cosa que diversos aspectos de una misma realidad, que no puede analizarse en su conjunto, sino parcialmente. Pero no para dividir o dicotomizar las cosas, sino para llegar luego a la síntesis, a concepciones y visiones integrales. Es preciso distinguir para unir,

pasando, como lo ha expresado Jacques Maritain, por los distintos grados del saber. Los diferentes aspectos de la realidad no son uniformes, sino distintos. Pero no separados ni encerrados en compartimentos estancos, sin comunicación entre sí. Algunos pensadores eminentes que han sido maestros en sus propios campos de actividad, resultan desorientados y pueriles cuando se mueven en otros sectores de la realidad. Pienso que ciertas concepciones de indudable grandiosidad, pero radicalmente falseadas, tendrían explicación psicológica por fundamentales errores metodológicos, debidos a lo que podríamos llamar en grandes deformaciones profesionales en la historia de la cultura.

Creo que los distintos métodos y las diversas ciencias y medios del conocimiento, podrían compararse a los diferentes sentidos del hombre, que sin contradecirse aplican diversas facultades y órganos, como instrumentos especializados, a los correspondientes aspectos de la realidad.

Pascal no solamente adecuó su pensamiento a las más diversas formas de la realidad, sino que lo hizo de modo conciente y en cierto sentido crítico. Estudió los diferentes métodos y señaló las reglas específicas del espíritu propio de cada actividad del pensamiento. En el campo de las matemáticas aplicó Pascal el método deductivo y abstracto más obsoleto. Solo, de niño, reconstruyó los grandes principios de la geometría. Igualmente aislado y enfermo, poco antes de su muerte, describió las leyes de la cicloide. Escribió un tratado sobre el método matemático, que llamó el "espíritu geométrico". Parte este sistema del más riguroso análisis, siguiendo las leyes del razonamiento y del silogismo natural. Consiste en definir todos los términos y en demostrar todas las proposiciones. Las definiciones, que son libres, se hacen para abreviar los razonamientos, pero deben aplicarse cuidadosamente para no extenderlas a nada distinto. Las demostraciones tienen que ser completas y sistemáticas. Pero no se pueden demostrar todas las proposiciones, ni definir todos los términos, pues se regresaría al infinito o se definirían las cosas por sí mismas. Los primeros principios, evidentes y conocidos de todos, tienen que aceptarse, porque su propia claridad hace innecesaria e imposible su demostración.

Sin embargo, toda esa fuerza del razonamiento deductivo y abstracto no la aplica al campo de las ciencias físicas, en donde lo esencial es la sumisión a los hechos, que Pascal declara superiores a cualquier concepción del espíritu. Toda teoría resulta inválida si la experiencia no comprueba su legitimidad. Aquí nada vale la tradición ni el argumento de autoridad. Señala las formas de la observación y de la experimentación y traza reglas que después habrán de sistematizarse para constituir el método experimental. Se ha anotado que Pascal era de extrema reserva en la comprobación de los hechos, pero cuando los había establecido en forma indiscutible era de tremenda audacia para sacar todas las conclusiones que de ellos resultaran.

Pero el conocimiento no se reduce tampoco a las matemáticas abstractas y a las ciencias naturales, que describen los fenómenos. Existen otros mundos del pensamiento. La vida interior del espíritu, las verdades filosóficas y religiosas, la contemplación mística. A ellos no puede acercarse el hombre con espíritu geométrico. Hay otros medios, otras dispo-

siciones psicológicas para estas investigaciones. En los *Pensamientos* opone Pascal, o mejor, distingue, el espíritu de fineza y el espíritu geométrico. En aquél, los principios pertenecen al uso común y están ante los ojos de todos. Basta verlos. Pero es menester buena vista. Porque son tantos y están tan separados que es casi imposible que no se escape alguno. Y la omisión de cualquiera conduce al error. Se necesita percibirlos todos, y tener el espíritu justo, para no razonar en falso sobre los principios conocidos.

Quienes tienen espíritu geométrico están acostumbrados a manejar principios netos y que podrían llamarse de bulto. Se pierden en las cuestiones de fineza, que no se dejan manejar en esa forma. En éstas las cosas apenas se pueden ver. Se las siente más bien. Son delicadas y muy numerosas. No se podría entrar a demostrarlas una por una, pues el trabajo sería infinito. Anota Pascal que es raro que los espíritus geométricos sean finos y viceversa. Cuando las cosas finas quieren tratarse geométricamente se llega al ridículo, y los espíritus finos se desconciertan cuando se les hacen demostraciones rigurosas, pues se pierden en los detalles. Los unos penetran profundamente en las consecuencias de los principios; los otros, comprenden muchos de ellos sin confundirlos. Los unos tienen fuerza y rectitud; los otros, amplitud de espíritu. Los que juzgan por el sentimiento no comprenden el raciocinio y los que juzgan por éste no comprende otro modo de pensar.

En su estudio sobre el espíritu geométrico Pascal había explicado que no pueden definirse todas las palabras, ni demostrarse todas las proposiciones, sin incurrir en círculo vicioso. De igual manera en los *Pensamientos* hace una distinción entre la razón y las que llamó tan bellamente las “razones del corazón”, que la razón no conoce. Por el corazón, dice, se conocen los primeros principios, que el razonamiento es impotente para combatir. Sobre estos conocimientos del corazón y del instinto debe apoyarse la razón para poder fundar en ellos su razonamiento. El corazón ama al ser universal y a sí mismo naturalmente. El corazón, en Pascal, no equivale a la imaginación. Estimo que corresponde mejor a la noción tradicional de inteligencia, como potencia intuitiva que lee interiormente en las cosas, *intus legere*, y que conoce directamente los primeros principios del sér. La razón discursiva lleva de unos principios a unas conclusiones, en un proceso cuyas reglas constituyen la lógica formal. Pero la labor de la especulación no puede realizarse sobre el vacío. Necesita apoyarse en verdades evidentes, que sólo por la inteligencia, la intuición o el corazón, como quiera llamársele, pueden afirmarse en su certeza inmediata. Los grandes pensadores parten de realidades evidentes y en el transcurso del razonamiento lógico tienen buen cuidado de ir confrontando a cada paso la realidad y solidez del terreno que pisan. No basta que el proceso del silogismo sea impecable. Chesterton ha dicho que nadie es más rigurosamente lógico que un loco, cuya anormalidad no se encuentra en una violación de las leyes del raciocinio, sino en que ha partido de una suposición equivocada y absurda, contraria a la realidad, y de ella infiere consecuencias lógicas pero igualmente desorbitadas.

Para Pascal no todo es racional, pero nada verdadero puede ser contrario a la razón. Hay, dice, dos excesos: excluir la razón y no admitir

sino la razón. Si todo se somete a la razón, nuestra religión no tendría nada de misterioso y de sobre-natural. Si se chocara con los principios de la razón, nuestra religión sería absurda y ridícula. Y en otra parte expresó: Los hombres tienen desprecio por la religión; le tienen odio y temen que sea verdadera. Para curarlos es necesario comenzar por mostrar que la religión no es contraria a la razón; que es venerable e infunde respeto; hacerla en seguida amable, hacer que los buenos deseen que ella sea verdadera; y después demostrar que es verdadera. El verdadero cristianismo consiste en sumisión y en uso de la razón.

Es por docilidad a la realidad por lo que admite que la misma razón conoce sus propias limitaciones. Es razonable no aplicar la razón donde esta misma observa que no tiene cabida. Dice Pascal siguiendo a San Agustín, que la razón no se sometería jamás si ella misma no juzgara que hay ocasiones en que debe someterse.

Además, hay regiones en las cuales el amor tiene la primacía. Observa Pascal que, hablando de las cosas humanas, se dice que es necesario conocerlas para amarlas, pero que los santos, hablando de las cosas divinas, dicen que es necesario amarlas para conocerlas, y que no se entre a la verdad sino por la caridad. Vemos aquí la gran oposición de los racionalistas y los intuicionistas, ya señalada en los *Pensamientos*.

Pascal no fue un escéptico ni un dogmático. Analizó las posiciones contrarias de estas dos modalidades del pensamiento, y presentó la totalidad de la verdad de cada una de ellas. “¿Dudará el hombre de todo? ¿Dudará de si está despierto cuando se le pica o cuando se le quema? ¿Dirá, por el contrario, que posee seguramente la verdad, él que por poco que se le empuje no puede demostrar ningún título y se ve forzado a abandonar la presa?”.

“La naturaleza, —dice— confunde a los pirronianos y la razón confunde a los dogmáticos”. Llevó la duda y la angustia a límites extremos, y la certeza y la fe hallaron también en él su plena afirmación. Dice que es necesario dudar cuando debe dudarse, asegurar donde es preciso hacerlo, y someterse en donde es necesario. Hay algunos, agrega, que fallan contra estos tres principios, sea asegurando que todo puede demostrarse, lo cual indica falta de conocimiento en la demostración; o dudando de todo, que indica falta de saber en dónde debe someterse; o sometiéndose en todo, que indica falta de saber en dónde se debe juzgar.

Pascal no separa el conocimiento racional del conocimiento por sentimiento, aunque señala sus modalidades respectivas. Integró sus conocimientos científicos y matemáticos en su obra filosófica. De Broglie anota que su obra religiosa y sus *Pensamientos* sólo podían haber sido escritos por una persona que conociera la astronomía y las matemáticas. La idea de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, la relación entre la eternidad y la nada son ecos de sus ideas científicas. El astrónomo aparece cuando pregunta: “¿Qué es el hombre frente al universo?” y cuando dice: “El silencio eterno de los espacios infinitos me aterra”.

En este aspecto es particularmente interesante su argumentación apolo-gética fundada en la teoría de las probabilidades y en su célebre regla

de los partidos. Arguye así: Dios existe o no existe. Debemos forzosa-mente inclinarnos a uno u otro lado. La razón por sí sola no podrá de-terminarnos. Estamos jugando una partida cuyo fin será cara o cruz. Es un juego que no puede dejar de jugarse. Estamos embarcados en él. Es necesario apostar. Si tuviéramos que jugar nuestra vida a cambio de dos vidas, podría hacerse esta apuesta, porque las posibilidades de ganancia y pérdida estarían equilibradas. Pero si se jugara una vida contra tres, sería tonto no apostar, para poder ganar tres vidas. Cuando se ofrece una infinidad de vida feliz que puede ganarse, el número infinito de proba-bilidades excluye toda discusión, porque frente al infinito no hay con-trapeso que equilibre la balanza. Hoy diríamos que apostar en favor de Dios equivaldría a comprar todos los números de una lotería de un pre-mio fabuloso, menos un billete de valor infinitesimal, con el cual tam-poco perderíamos. Sin embargo, la comparación sería pobre, porque nin-guna lotería juega con un número infinito de billetes y con un premio de valor también infinito. Pero, además de que podríamos jugar a per-der nuestra vida contra la posibilidad de ganar la eternidad, resulta que si adoptamos el partido de Dios, no tenemos ninguna posibilidad de per-der, pues nada arriesgamos. “¿Qué mal podría resultarnos? Serías fiel, honesto, humilde, agradecido, bienechor, amigo sincero y verdadero. Sin duda no estaréis en los placeres pestilentes, pero tendréis otros. Yo os aseguro, concluye, que ganaréis esta vida y que cada paso que déis en este camino tendréis tanta seguridad de ganancia y de la nada que arries-gáis, que llegaréis a la conclusión de que habéis apostado en favor de una cosa cierta e infinita, para lo cual nada habéis arriesgado”.

A los que objetan que no están en libertad de creer y que no pueden creer, responde Pascal, que ello es verdad, pero que deben darse cuenta de que la dificultad de creer viene más de sus pasiones, y les aconseja empezar como si creyeran. Hay muchos que afirman que abandonarían una vida de placeres si tuvieran la fe y no se dan cuenta de que si prin-cipian por abandonar aquella vida pronto tendrían la fe.

Es conocida su tesis sobre los distintos órdenes. Existen órdenes di-versos e incommensurables. El mundo material, inmenso, vale menos que un pensamiento. El hombre no es sino una caña, la más débil de la na-turalaleza. Pero es una caña pensante. Por esto aunque todo el universo se arme para aplastarlo, pues un vapor o una gota de agua puede ma-tarlo, sin embargo él sigue siendo más noble que aquello que lo mata, porque sabe que muere, conoce la superioridad del universo sobre él y el universo nada sabe. “Por el espacio, el universo me comprende y me devora, como un punto. Por el pensamiento lo comprendo”.

Pero el orden del pensamiento tampoco es supremo. Todos los pen-samientos no valen lo que un acto de amor. Todos los cuerpos juntos, las estrellas, la tierra y sus reinos no valen lo que el menor de los espí-ritus, porque éste conoce todo lo anterior y se conoce a sí mismo; y todos los cuerpos reunidos y todos los espíritus juntos y toda su produc-ción no valen lo que el menor movimiento de la caridad. Esta pertenece a un orden más elevado.

De todos los cuerpos reunidos no podría hacerse salir un pequeño pen-samiento. Es imposible. Pertenece a otro orden. De todos los cuerpos y

de los espíritus no podría sacarse un movimiento de verdadera caridad. Es imposible y de un orden diferente, sobrenatural.

En sus obras aparecen afirmados los términos opuestos con gran vigor. Pero no es un dialéctico en el sentido hegeliano de la palabra, pues siempre busca el equilibrio y la medida entre las cosas aparentemente más contradictorias. Veamos algunos ejemplos de sus frases:

“Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Nuestros sentidos no perciben nada extremo: demasiado ruido ensordece, demasiada luz deslumbra, demasiada distancia o demasiada proximidad impiden la vista, demasiada longitud o demasiada brevedad en el discurso lo oscurecen”. “No se entiende lo que se lee demasiado aprisa o demasiado despacio”.

“Entre los dos abismos del infinito y de la nada, (el hombre) temblará a la vista de tales maravillas y cambiando su curiosidad en admiración, creo que estará más dispuesto a contemplarlas en silencio que a buscarlas con presunción”.

“¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos. El fin de las cosas y su principio están para él invisiblemente escondidos en un secreto impenetrable, igualmente incapaz de ver la nada de la cual fue sacado y el infinito en que está sumergido”.

“Es necesario que el hombre no se crea igual a las bestias ni a los ángeles, ni que ignore al uno ni al otro, sino que los conozca ambos. El hombre no es ángel ni bestia y la desgracia quiere que el que desea hacerse el ángel se convierta en la bestia”.

“¿Qué quimera es el hombre?” Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio. Juez de todas las cosas, imbecil gusano de la tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desecho del universo”.

“La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica. Hay que hacer que el justo sea fuerte o que lo que sea fuerte sea justo”.

“¿Qué razón tienen los ateos para decir que no puede resucitarse? ¿Qué es más difícil, nacer o resucitar; que lo que nunca ha sido llegue a ser o que lo que haya sido siga siendo?”.

“Como los hombres no han podido curar la muerte, la miseria, la ignorancia, se han ingeniado para ser felices, no pensando en estas cosas”.

Imposible sintetizar a Pascal. Habría que copiarlo línea por línea, en su estilo original y en su propia lengua.

Su vida fue de gran simplicidad y al propio tiempo de gran complejidad. Fue como lo dijimos, desde niño prodigio, estudioso de todos los momentos. Durante algún tiempo, frecuentó el alto mundo, y parece que estuvo enamorado de Mulle de Roanez. Quizás tuvo una decepción sentimental al ser rechazado por el círculo de la familia de ésta, por no tener su posición social. En esa época escribió su tratado sobre las pasiones del

amor. Se convirtió luego en una especie de director espiritual de esta muchacha, que durante algún tiempo entró a la Abadía de Port-Royal y que sólo después de la muerte de Pascal consintió en casarse.

La existencia de Pascal fue de gran austeridad, llena de disciplina. No le gustaba que le sirvieran y desechó todo lujo. Ejerció una cuidadosa vigilancia sobre sus pasiones. Tuvo inmensa caridad con los pobres, a quienes hizo cuantiosas donaciones y a cuyo cuidado dedicaba gran parte de su tiempo. Legó la mayor parte de sus bienes a obras de beneficencia.

Fue ejemplar su paciencia y resignación. Desde los 18 años no tuvo un día sin sufrir tremendos dolores y enfermedades. Compuso una bellísima oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades.

Culminó su vida religiosa con una experiencia mística de la mayor intensidad, de la que nunca habló durante su vida, y cuyo relato o "memorial", escrito de su puño y letra en dos copias fue encontrado después de su muerte, cosido a su ropa cerca del corazón. Es una especie de síntesis de su experiencia. Debajo de una cruz, dice: "Año de gracia de 1654, lunes 23 de noviembre, día de San Clemente papa y mártir y otros del Martirologio. Víspera de San Crisóstomo mártir y otros. Desde cerca de las diez y media de la noche a las doce y media de la noche, aproximadamente. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los Filósofos y de los sabios. Certidumbre. Certidumbre, Sentimiento. Gozo. Paz. Dios de Jesucristo. *Deum meum et Deum Vestrum*. Tu Dios será mi Dios. Olvido del mundo y de todo, fuera de Dios. El no se encuentra sino por los caminos enseñados en el Evangelio. Grandeza del alma humana. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido. Gozo. Gozo. Gozo. Lágrimas de gozo. Yo me había separado. *Dereliquerunt me fonte, aquae vivae*. ¿Dios mío, me abandonarás? Que no sea separado eternamente. Esta es la vida eterna de los que te conocen, sólo Dios verdadero, y aquel al que has enviado, Jesucristo. Jesucristo. Jesucristo. Yo me había separado de El. Había huido de El, lo había negado y crucificado. Que no vuelva a estar jamás separado. El no se conserva sino por las vías enseñadas en el Evangelio. Renunciamiento total y dulce sumisión total a Jesucristo y a mi director. Eternamente en goce por un día de ejercicio sobre la tierra. *Ne obliviscar sermones tuos. Amén*".

Como lo ha expresado Etienne Gilson, todos diferentes aspectos de Pascal, todas las fases pertenecen a un solo hombre, cuya unidad se encuentra menos en la complejidad de sus obras que en su vida misma, que se apresuraba hacia la muerte, o mejor, hacia Dios.

Jacques Chavalier ha señalado su juventud imperecedera. Saint Beuve dijo que, dejando de lado la calidad incomparable de su talento, todo hombre tiene en Pascal un semejante y un espejo si sabe mirarse en él. Hay un Pascal en todo cristiano. "Profundizad, agrega, en vosotros mismos, estudiad y sondead vuestra propia duplicidad, hundíos en todos los sentidos en el fondo del abismo de vuestro corazón, y no encontraréis allí otra cosa que lo que Pascal os ha dado en trazos tan enérgicos y relievantes".

CARLOS HOLGUÍN